

ESTUDIOS HISTORICOS.



Fernando VI.—Farinelli.—El marqués de la Ensenada.

CUADRO DEL REINADO
DE FERNANDO EL VI.

Podría escribirse con sangre la historia de España.

Cerca de mil años de continuas guerras agitaron violentamente la monarquía, y á esto se debe principalmente su gran despoblacion y decadencia. Mientras el cetro de los musulmanes sujetó á sus leyes una gran parte de España, una sábia política hacia necesarias estas guerras: la seguridad, la paz, la prosperidad de los reinos cristianos necesitaban la estincion de esta potencia hostil y formida-

SEGUNDA SERIE.—1856.

ble. Fernando el Católico logró este objeto; Carlos V elevó al mas alto grado de esplendor la monarquía; pero su reinado guerrero agota los recursos de la nacion, y los españoles ocupados en sostener su gloria, consumen en agenas pretensiones todas sus fuerzas: Felipe II y la revolucion de los Países Bajos completan la reunion de causas que comienzan la ruina en la monarquía. Desde el reinado de Fernando hasta la muerte de Carlos II, una sucesion de reyes y de ministros que miran al pueblo español como alimento propio para la guerra, que le extraen el dinero y los hombres, arrastran á la nacion á su ruina, vertiendo profusamente su sangre en los Países Bajos, en Alemania, en Francia y en Italia.

Aflictivo es el cuadro que presenta la España al pasar

AÑO XIV. 16.

el cetro desde la casa de Austria á la de Borbon. Un débil rayo de esperanza viene á hacer vislumbrar un porvenir mas venturoso. Despues de una larga guerra de sucesion de la Francia con el Austria y en que es el campo de batalla la España, queda consolidada la dinastía de Borbon. Bajo el reinado de Felipe se anima el genio de la monarquía. La Francia hasta entonces enemiga peligrosa, es una poderosa aliada de la España. Un cambio tan importante en sus relaciones políticas le permitió aspirar aun como en otro tiempo á nuevas conquistas. Felipe V dió pruebas de grande ánimo en la guerra de sucesion: de mucha actividad en las escenas tumultuosas de la última parte de su reinado; y aunque indolente y melancólico, los consejos enérgicos de sus dos esposas y de sus ministros, suplieron su debilidad. Su ambicion le arrastró á guerras inútiles, empero protegió el comercio, y en su tiempo fué cuando por primera vez se pensó seriamente en establecer las mas convenientes relaciones entre España y las colonias.

La muerte de Felipe V hace pasar la corona de las Españas á la cabeza de su hijo Fernando de edad de treinta y tres años.

De carácter dulce, empieza Fernando su reinado con una amnistía general, devolviendo á la luz á las desgraciadas victimas de la supersticion que gemian en los calabozos de la Inquisicion. El último de los vasallos españoles tenia libre acceso cerca de su soberano; que siempre recibia con bondad sus peticiones y sus quejas. De carácter pacífico, consideraba la guerra como el mas grande azote que puede afligir á la especie humana: empero sabia tambien que para conservar una paz duradera, era preciso tomar una actitud formidable, y se preparó á merecer por la fuerza de sus armas la gloria de dar la paz á su reino.

La guerra de Italia, comenzada en tiempo de su padre Felipe V continuaba; pero tuvieron que retirarse las tropas que en aquellas regiones hacian la guerra á Génova, que despues de la salida de los españoles y franceses tuvo que rendirse al general austriaco.

María Teresa, que peleaba por el trono de su hijo envenecida con sus triunfos, quiso invadir la Francia, y ayudada por una fuerte escuadra inglesa al mando del almirante Brown intentó colocar las águilas imperiales sobre los muros de Tolon y de Marsella, empresa donde se habian estrellado la fortuna y los recursos de Carlos V. Los españoles conducidos por el marqués de Las Minas y el infante don Felipe, volaron á su socorro, y los austriacos y los ingleses tuvieron que retirarse con gran pérdida.

Génova, oprimida por el Austria, se subleva y arroja de su seno á los austriacos. Los ejércitos del Austria intentan un rigoroso sitio; pero socorrida la plaza por los franceses y españoles, triunfa de los austriacos. Los ejércitos franceses y españoles atacan vigorosamente á los piamonteses; pero la batalla de Exilly destruye para siempre las esperanzas del infante don Felipe, y en vano ya la casa de Borbon intenta consolarse de las pérdidas sufridas en Italia por algunos sucesos ventajosos conseguidos en Flandes.

Las vicisitudes de la guerra hacen inclinar las potencias beligerantes á la paz, y en un congreso celebrado en Aquisgram, el mes de octubre de 1748, se establece esta, teniendo por base la restitution de todas las conquistas hechas durante la guerra.

La soberanía de Parma, Plasencia, y Guastala, fué con-

firmada á don Felipe, con la condicion de que si este príncipe ó sus descendientes heredasen el trono de España ó el de las Dos Sicilias, serian reversibles estos estados á la emperatriz reina de Hungría, ó al rey de Cerdeña. Las miras de Isabel de Farnesio, reina de España, quedaron plenamente satisfechas: su hijo mayor don Carlos, reinaba en las Dos Sicilias, don Felipe en Parma, Plasencia y Guastala!

Poco tiempo despues, entre la España y la Inglaterra se hizo un tratado, por el que la compañía inglesa del mar del Sur pagaria una cantidad para extinguir de esta manera los derechos al contrato del *Asiento* origen de innumerables disputas y disgustos entre las dos naciones.

Nada de interesante presenta ya desde entonces la historia de Fernando. Las calamidades causadas por las convulsiones de la naturaleza, así como los desastres producidos por el furor de los hombres, llamaron la atencion de este monarca.

En 1747 la ciudad de Lima, capital del Perú, fué casi destruida por un temblor de tierra; la ciudad del Callao fué tambien casi tragada por el mar. Fernando adoptó todas las medidas indispensables para consolar tanto infortunio: puso en órden la hacienda pública, y libró al comercio de las trabas que se oponian á su estension y desarrollo, sin que los proyectos ambiciosos de la corte de Versalles pudieran separarle por un momento, de tan saludables reformas.

La paz de Aquisgram no fué casi sino una suspension de armas entre Francia é Inglaterra. Aquel tratado defectuoso no habia determinado con precision los límites entre las dos naciones en el territorio que poseian en la America Septentrional. Cuando Fernando se vió rogado á tomar parte en la guerra que el rey de Francia se decidió á hacer contra la Inglaterra, desechó las proposiciones que se le hicieron para un vínculo de familia, y conservó por este medio la tranquilidad de España, mientras que las banderas de la Francia y de la Inglaterra se desplegaban al Este y al Oeste, y la Alemania luchando con la Prusia se hallaban innundadas en sangre.

A pesar de su deseo generoso de hacer renacer la prosperidad de su reino, y de darle nuevo vigor, algunos años de una sabia administracion no podian borrar las huellas de los males, que en el curso de muchos siglos habian producido la supersticion, la avaricia, la ambicion y las interminables guerras.

Los ministros de Fernando, La Cuadra, Villarias, y el marqués de la Ensenada, hicieron grandes cosas por la felicidad del pais: animaron las artes, y protegieron eficazmente la justicia; estableciéndose tambien en su tiempo el consejo de la Mesta para proteger la ganaderia: finalmente en 1753 se arregló con la Santa Sede el concordato que conciliaba los intereses de la nacion con los del papa, confirmaba á la corona de España el patronato real.

La felicidad de que Fernando VI hacia gozar á sus pueblos, y las bendiciones de que le colmaban sus súbditos, no le impidió ser víctima de una terrible melancolia que debilitaba su espíritu, y de la que solo encontraba alivio en los armoniosos acentos del cantor Farinelli, el cual ademas era un hombre dotado de capacidad y de elevados sentimientos. Así supo ganar la confianza del rey, reproduciendo el prodigio de David respecto á Saul,

obteniendo todo de este monarca, á quien restituía la tranquilidad y la vida: favorito, cuyo ejemplo es único en la historia, porque jamás acepto para sí empleo alguno; pero supo distinguir el mérito, hacérselo conocer al rey, y emplear todo su valimiento en provecho de la nación. Empero Farinelli, que podía aliviar los sufrimientos de Fernando VI, no podía prolongar sus días; y aniquilado por una enfermedad de languidez, sucumbió el 2 de agosto de 1759 á la edad de cuarenta y seis años, sin dejar descendencia, en el castillo de Villaviciosa, donde hacia cerca de dos años que vivía encerrado sin comunicar con nadie, y pasando muchos días hasta sin alimento.

Obra suya es la creacion de la Academia real de San Fernando, la institucion del Jardin botánico, el camino real, de Guadarrama, el observatorio astronómico, los colegios

navales de Cádiz y el Ferrol, el suntuoso monasterio de las Salesas, y otros grandes monumentos con que dotó á la España, en las arcas de cuyo tesoro público dejó una suma de seiscientos millones de reales, fruto de su previsoría administracion!...

Fernando no dejaba hijos. Su hermano don Carlos, rey de Nápoles y Sicilia, resignó la corona de estos hermosos países en su hijo don Fernando, reconocida la imbecilidad de su primogénito don Felipe, cuya débil razon le incapacitaba para reinar, y vino á España con su hijo segundo don Carlos, llamado á sucederle.

Otro día trazaremos el cuadro de este gran rey.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS DE VIAGES.

HISTORIA DE UN GRANO DE TRIGO.

I.

UN COLONO.

—¿Sabes cuál es el verdadero *Oidium Tuckeri* de la agricultura? me decía antes de 1848 don Francisco de Mendoza. Es el *absenteismo*.

—¿Qué significa esta palabra bárbara? le pregunté yo.

—¿No has observado, continuó Francisco, con que empeño los propietarios abandonan los campos para ir á vivir en las ciudades, y sobre todo en la capital? ¿Qué sucederá, gran Dios, si empeorándose este mal, todo labrador rico é inteligente se transforma en ciudadano?

Dos meses despues, veía prácticamente este mal en Madrid. Vino el tiempo del verano, y algunos propietarios de haciendas rurales incorregibles se fueron á pasar el estío á los baños, á Bayona, á París y á otros puntos.

Yo me dirigí á Argel á visitar esa nueva colonia francesa que tanto promete enriquecer á su metrópoli; vi allí á Francisco Mendoza.

—¿Te habrás hecho colono por ventura? le dije.

—Justamente.

En efecto, Francisco Mendoza habia sido uno de los muchos españoles que de nuestras provincias de Valencia, Alicante y Murcia, emigraron á Argel á poco de haber sido conquistado por las victoriosas armas del mariscal Bournont. Francisco explotaba una quinta en las inmediaciones de Arzew, en la Argelia, y yo me propuse hacerle una visita. Me embarqué en el puerto de Alicante, y en el mismo día desembarcaba en el puerto de Arzew, despues de haber atravesado el Mediterráneo.

Pregunté por don Francisco de Mendoza.

—Seguid el curso del sol, me respondió el intérprete árabe: llegareis dentro de poco á la quinta del *Grano de trigo*; esa es su hacienda.

Por una feliz casualidad encontré á mi amigo en el llano. Gran trabajo me costó reconocer al elegante abonado dia-

rio de nuestro Prado de Madrid, bajo el grotesco traje de colono africano. Un sombrero de paja con anchas alas cubría su cabeza, y llevaba en la mano una cesta igualmente de paja, llena de simientes diversas.

Es agrónomo, murmuré yo para mí.

Despues de los abrazos ordinarios en semejantes encuentros:

—Querido, me dijo Francisco, pues que he logrado echarte la mano, vamos á ser agricultores juntos. Olvidaremos nuestro Madrid en la hacienda del *Grano de trigo*.

—Estraño nombre! interrumpí yo. A juzgar por estos campos que hace ondear la brisa del mar, y por esos molinos piramidales, sin duda hay mas de un grano en el granero.

—Ah, ese nombre es toda una historia! replicó Francisco: vámonos hácia la casa, y ya te la contaré.

II.

La caja de tabaco del tío.—El polvo.—El juego de ajedrez.—El epitafio del árabe.—La cal de Franklin.—Dos agrónomos.

Cuando se verificó la conquista de Argel yo me hallaba en Alicante. Fui uno de los primeros que quisieron venir á establecerse en este punto, y obtuve la concesion de este terreno. Mi tío es un labrador hábil é inteligente, pero del temple de aquellos hombres que piensan que todo ensayo, toda innovacion en la agricultura es su ruina. Así fué poco partidario de mi empresa. Al despedirme de él le encontré en su granero, rodeado de inmensas trojes de trigo.

—Dios te dé fortuna, jóven colono! me dijo con una sonrisa escéptica y burlona. Despues, sacando de su bolsillo su caja de tabaco de oro: muchacho, si quieres ser agricultor, reemplaza la petaca por esta, y me dejó la caja de tabaco como regalo. ¿Qué pretendes cultivar en tu desierto de Argelia? ¿Palmas enanas? Toma, dijo cogiendo un puñado de trigo del suelo. Dame un polvo, y marcha á ver si esto crece en Africa.

Un grano se deslizó en el polvo de la caja de tabaco. Yo me marché, y no volví á pensar mas en él.

La antigua experiencia del tío venció... en cuanto á cigarros. Dije adiós á los prensados, á los puros, á los filipinos. En cambio mi nariz es un horno tabacal.

Tomando un polvo cierta tarde de otoño, atravesando los campos, se encontraron mis dedos con el famoso grano. El polvo era grande, aun para una nariz como la mía. Estornudé como Júpiter Olímpico: esa fue la siembra.

Aquel simple *grano de trigo* dió un formal mentís á las preocupaciones de los agricultores europeos contra el territorio de Argelia. Juzga tú por tí mismo, amigo mío. Pero olvida que eres de Madrid. Jamás os habeis detenido allí á reflexionar en el pan que os sirven diariamente en vuestras comidas. ¿Sabeis de dónde viene, qué metamorfosis sufre, por cuántas manos pasa antes de llegar á vuestras mesas? Creo que no os habeis propuesto estas cuestiones. Del trigo se hace el pan, y no sabeis mas, ni os importa saber de qué clase es, como aquel viagero que yendo por la Mancha tomó un campo de cáñamo por un campo de ensalada.

—Ensalada para ahorcarte, respondió un labriego irritado de la torpeza del elegante.

—Entre el cáñamo y la lechuga hay un abismo: la cuerda de los ahorcados. Entre el trigo y el estéril césped de los prados hay una inmensidad: la existencia humana.

No era yo menos ignorante, y este grano que saltó de una caja de tabaco, me ha revelado todas las maravillas, todos los recursos que la naturaleza ha encerrado en el trigo.

En esta calorosa perorata comprendí que no era yo solo el que poseía el corazón de mi amigo; tenía un invencible rival: el trigo le había casi exclusivamente conquistado.

—¿Y qué resultó de tu grano? le pregunté.

—Una vez en tierra, Dios hizo lo demás. El grano germinó y brotó: su tallo verde y esbelto se elevó sobre las yerbas que le rodeaban. Cuando reconocí aquel compatriota, trasportado como yo, tuve con él el mas esmerado y continuo cuidado. Vi con la primavera salir de su seno una vigorosa espiga; bien pronto el sol de julio vino á dorar la planta y á encorvar su rubia cabeza hácia el suelo. Fué preciso segarle: yo hice la siega. Recogí cuarenta granos, ó para ser mas exacto, dijo Francisco despues de un largo suspiro, treinta y nueve granos.

—Vamos, es un cuarenta de déficit. Parece que la cosecha tuvo averías.

—No, amigo mío, respondió Francisco con una lágrima en los ojos, ese cuarenta fué la parte de los espigadores, esos pajarillos de Dios que buscan su pasto en los campos del rico... ¡Pobre Edjir!... ¡Un grano de trigo!... Pero continuemos: alrededor de aquel cruel recuerdo resplandecía para mí la mas dulce, la mas consoladora esperanza. ¿Conoceis la anécdota del inventor del juego del ajedrez, al que un soberano queria dar una recompensa? Se limitó á pedir un grano de trigo por la primera casilla del tablero, dos granos por la segunda, cuatro por la tercera, y así sucesivamente, doblando siempre el número de granos. El tablero tenía sesenta y cuatro casillas: la progresión fué horrorosa.

Y bien, por una multiplicación análoga, en algunas cosechas mis treinta y nueve granos sembraron mis campos. Ya comienza á comprender la explicación del extraño nombre de la quinta del *Grano de trigo*.

Es cierto que sin ese grano oculto en el polvo de una caja de tabaco, no hubiera yo pensado en cultivar este cereal en una escala tan vasta; me hubiera atendido al maíz, al arroz, mientras que hoy mis tierras están empleadas en el cultivo del trigo. Vamos pisando sobre trigo, nos rodea por todas partes; lo llevo en la cabeza (fabricamos de él nuestros sombreros); lo tengo en la mano (esta cesta está tejida con paja, y contiene granos para las próximas siembras); es el trigo el que nos alimenta, el que nos viste en parte, el que cubre nuestros techos, y desde aquí puedes ver los tejados de paja: el trigo es lo que ha creado Dios mas útil al hombre. Cuando las cosechas son malas, lo que raras veces sucede, los pueblos sufren el hambre. Hasta la ceniza del trigo es preciosa para el cultivo: voy á darte una prueba elocuente: hénos aquí precisamente delante de la tierra donde fué sembrado el primer grano; vuelve esta senda, y mira...

Me detuve confundido de sorpresa.

Sobre el verde tapiz de la colina se veían matas alzadas en relieve sobre las otras yerbas, y formando por sus contornos letras colosales: leíanse sobre aquel libro de la naturaleza las siguientes palabras:

EL GRANO DE TRIGO.

—Es mi triunfo agronómico, dijo Francisco sonriéndose.

Despues con un tono reflexivo:

—¡Es el epitafio del abuelo de Edjir! añadió. Amigo, ven al pie de esta colina: mañana al rayar el día acabaré de descubrirte el misterioso origen del nombre de esta hacienda.

Comprendí que había lágrimas en el fondo de aquel nombre; no insistí.

—Querido Francisco, le dije abrazándole, tu habías nacido agricultor. Si te hubieras quedado en España, de seguro te hubieran hecho inspector de agricultura de tu provincia, aunque no hubieras tenido mucho que hacer en este empleo casi nominal.

—Mis cenizas, repuso el colono, recuerdan la cal de Francklin en los Estados Unidos. El ilustre sabio para probar á sus compatriotas la eficacia de ese abono de la tierra, había imaginado disponer la cal en ciertas partes de su campo en forma de letras gigantes: despues sembró el campo entero. Con la primavera, la huella de las letras se cubrió de un magnífico verdor, mientras que el resto del campo no ofreció sino una débil vegetación. Los americanos, que no creen sino lo que ven, leyeron durante todo un verano, á dos leguas de Filadelfia, estas irrefutables palabras escritas en trigo:

LA CAL DE FRANCKLIN.

—¡Francisco, exclamé yo, tu ciencia me exalta! Esto es lo que vale, y no Madrid con sus funciones, sus paseos.... y sus revoluciones. Me quedaré contigo hasta la siega. ¿Cuál es la patria del trigo? ¿Quiénes fueron sus primeros cultivadores? ¿Cómo se siembra? ¿Cómo se siega?.... Quiero convertirme en un Cincinnati.

—Pues bien, mi querido Cincinnati, satisfaré tu curiosidad. Tengo por huéspedes en casa dos agrónomos de gran nota: un inglés y un alemán: milord Corn consagra su vi-

da á buscar un pretendido trigo universal: el nombre de mi quinta ha llegado hasta él; y ha venido aquí. Ha creído hallar la piedra filosofal por la que trabaja hace cuarenta años. El otro, el doctor Agrícola, es un filósofo de los campos. Visita sucesivamente las comarcas agrícolas á fin de universalizar el cultivo. Es un pozo de ciencia agronómica.

—Con tal que la verdad no se quede en el fondo del pozo, dije yo....

—Entremos en casa, dijo mi amigo, y comencemos por el uso principal de nuestro cereal.

III.

Pastas de Africa.—Un trigo universal.—El emperador Chin-Nang.—Negro mejicano.—Variantes del trigo.—El trigo milagro.—Patria del trigo.

Encontramos una comida que hubiera satisfecho á Eneas y á sus compañeros; verdadero festín de Gargantua, donde la panadería y la pastelería hicieron prodigios para hacer de la harina del trigo sus numerosas variaciones gastronómicas.

—Sopa á elección! dijo Francisco imitando con alegría el acento de los mozos de las fondas de Madrid: fideos, sémola, macarrones, todas las pastas de Africa!

—De Italia, le dije yo.

—De Africa: no admitimos á nuestra mesa mas que los productos de la hacienda. Con perdón de los lazzaroni de Nápoles, éstos macarrones son africanos: con perdón de Guadalajara estos bizcochos: y estos mantecados son africanos; todo es producto del grano de trigo.

—¡Oh Tاجر! del trigo multiplicador, propagador universal, exclamó lord Corn.

—¿Cuál es ese trigo? me aventuré á preguntar.

Los ojos grises del inglés se animaron á aquella pregunta que le permitía desenvolver su tesis favorita.

—El trigo ó frumento, dijo, en latin *triticum*, pertenece á la familia mas natural y mas numerosa del reino vegetal, la de las gramíneas. Desde la yerba imperceptible de los campos hasta la caña de azúcar, hasta el gigantesco bambú de la India, todos tienen la misma disposición, la misma estructura de órganos: tallo de caña separado de distancia en distancia por nudos: hojas herbáceas en forma de cuchillas de dos filos, flores en espiga. Del Norte al Mediodía, y del Oriente al Ocaso, no hay un rincón de la tierra donde no vegete alguna gramínea. Luego el trigo es el tipo de la familia. ¿Por qué no sería universal? El trigo es de todas las plantas la mas apropiada á los usos del hombre, y solo y únicamente una tercera parte del globo lo produce: yo quiero propagar el trigo sobre el resto de la tierra. Se han intentado para esto diversos ensayos en ciertas comarcas. los granos sembrados no eran primitivos; estaban demasiado aclimatados á la tierra de donde se les sacaba. Yo encontraré trigo puro, el trigo reproductor por excelencia.

Interrogué con una mirada á mi amigo.

—Sueño! me dijo en voz baja: cada ciencia tiene sus ilusiones que seducen á los espíritus fanáticos. El geómetra monómano busca la cuadratura del círculo: el mecánico monómano busca el movimiento continuo: este agrónomo va en busca de un trigo imaginario universal y reproductivo en todas las zonas.

He recorrido veinte años la China, continuó lord Corn los mandarines me aseguraban que el emperador Chin-Nang habia descubierto el trigo: me pusieron en camino de seguir la pista del trigo primitivo, llevé granos á la Australia y los sembré: salieron cañas sin espigas de la tierra: no era el verdadero. Me hice á la vela para Méjico: un esclavo negro de Hernán Cortés, es el primero que cultivó el trigo en Méjico: habia encontrado tres granos en los sacos de arroz que su amo habia traído de España para la provisión del ejército.

—Eran dos granos mas de lo que contenia la caja de tabaco de mi tío, dijo Francisco, y fueron bastantes para sembrar todo un imperio.

—¡Oh Yes, un mundo! prosiguió el lord: tomé granos y me embarqué para el Congo. Llevé conmigo dos animales deliciosos, un loro y.... un tigre.... El loro jugando un día en mi camarote se tragó mis granos: me precipité sobre él para ahogarle; se echó á volar á la jaula del tigre, que de un solo bocado se lo tragó. Necesitaba salvar mis granos: me resigné á sacrificar mi tigre: maté mi hermoso tigre: le abrí, y encontré el grano; lo sembré, nada; no era el verdadero. Entonces he venido aquí. ¿El trigo multiplicador está aquí? ¡Oh Yes!

—¡Errare humanum est! dijo sentenciosamente el doctor Agrícola: milord, conozco todas las variaciones del trigo; yo temo mucho que la vuestra no ha existido sino en vuestra imaginación.

¿Es el trigo blanco de Flandes, uno de los mas productivos que se recolectan en Francia, ó el trigo blanco de Hungría, notable por la forma redonda de sus granos? ¿Es el trigo de Talavera, de Tierra de Campos? ó el trigo del Haya (*Hedge-Wheat*) que Inglaterra multiplica hace algunos años á causa de la belleza del grano?

¿Es el trigo *Lammas*, rojo, precoz, productivo?

¿Es el trigo del Cáucaso con espigas prolongadas, y granos pesados y duros, notable por su precocidad?

¿Es el trigo de Polonia, (*triticum polonicum*) que se distingue de todos los trigos por la dimensión extraordinaria de sus espigas?

¿Es el trigo de Marte, (*triticum sativum Vernal*) que se siembra en el mes de marzo á fin de llenar el déficit que ocasionan frecuentemente las intemperies del otoño y del invierno?

¿Es el trigo cuadrado de Sicilia? el trimenia barbado de Sicilia?

¿El trigo *Fellenberg*? los trigos de Odessa, de Tanga-rock ó bien el del Cabo?

¿Es el *Epeautro* (*triticum Spelta*) ese trigo rústico cuya harina es superior á todas las demas?

—No, no, dijo el inglés.

—¿Es, por último, el trigo milagro ó de Smirna, (*triticum compositum*) notable por su abundante producto?

—¡Oh Yes! el trigo milagro, universal....

—No os dejéis engañar por la palabra, replicó el doctor: el milagro de este trigo es su gran producción: mudadle de latitud, degenera como los demas, produce una espiga sencilla, y no tarda en ser estéril é improductivo.

—¿Con que, gritó lord Corn fuera de sí, el trigo estara circunscrito á una cierta latitud de la que no puede pasar?

—Milord, pienso como vd. que el trigo puede ser una planta universal, pero es preciso comprender esta univer-

salidad. Cada zona tiene su especie: al clima cálido conviene el maíz, el trigo de Turquía, el arroz; al clima templado las diferentes variedades del trigo propiamente dicho: á los climas fríos la cebada, el centeno y la escanda; pero creer posible generalizar una especie determinada, es un sueño.

—El trigo no tiene patria, respondió lord Corn, es cosmopolita. Observad con la atención de un botánico la composición de la espiga, y convendréis conmigo en que esta planta está destinada al mundo entero. En la base de cada espiguilla encontramos dos escamas vacías en forma de navicilla coronadas de un panículo. Este pequeño nido con alas, gracias á su maravillosa ligereza, puede vogar sobre los dos elementos: como globo aereostático en los aires; como esquife en las olas. Así cuando el trigo está maduro, y las tempestades del otoño comienzan á soplar, si la mano del hombre no siega para sembrar en seguida, el viento desempeña el papel de segador: arrebata las espiguillas, y las arroja á distancias incalculables. Estas navicillas abandonadas sobre las riberas lejanas, depositan allí su cargamento y queda hecha la siembra.

—¡Magnífica teoría! querido milord, respondió el doctor Agrícola: empero es bien necesario que el trigo crezca en alguna parte. Para esto es preciso que el primer tallo se haya levantado antes que los vientos y las olas hayan llevado, como decís, vuestras espigas viajeras. Y bien, ¿cuál es la primera tierra que hizo nacer este tallo? Esta es la cuestión.

Los unos sostienen que es el Egipto, los otros que la Persia, los otros la Sicilia. Muchos sabios aseguran haber observado el *epeanthro* silvestre cerca de Hamadan, y haber encontrado pajitas en la argamasa de la torre llamada de Nembrod. Un judío me ha asegurado que el trigo provenía de la misma Mesopotamia, como las manzanas silvestres, las peras, y los nísperos en el Occidente. La asercion del judío está confirmada por un fragmento de Beroso que coloca la patria del trigo, de la judía, y del sésamo, entre el Tigris y el Eufrates. Esta opinion es seguramente la mas conforme á la verdad: porque el trigo es tan indispensable al hombre que su origen debe proceder de la cuna misma del género humano.

—Si así fuese, replicó el inglés, la historia seguiria al menos la propagacion del trigo, mientras que nos deja en la incertidumbre. En tiempo de César, por ejemplo, los galos y los teutones tenían trigo. ¿Dónde habían encontrado los galos y los teutones trigo para sembrar?

—Los tirios lo habían traído á España; los españoles lo habían llevado á las Galias, y los galos á la Germania; replicó el doctor.

—¿Y de donde habían cogido aquel trigo los tirios?

—De los griegos, de quienes lo habían recibido á cambio de su alfabeto.

—¿Quién había hecho ese regalo á los griegos?

—Ceres....

—Cuando se sube hasta Ceres no se puede ya pasar adelante, ni subir mas alto, interrumpió lord Corn; pero como la reputacion de la rubia diosa está muy mal parada en nuestros dias, no nos quedaremos menos á oscuras.

El alemán y el inglés peroraban sobre esta monografía del trigo, sin cuidarse de sus compañeros; y el calor de la discusion hubiera llegado hasta incomodarlos, cuando

don Francisco de Mendoza los interrumpió bruscamente.

—Haya paz, señores sabios, exclamó llenando nuestros vasos de rico vino de Jerez: basta de la creacion, pasemos al diluvio: al menos todos sabemos el origen del vino: este nectar lo debemos á Noe.

—Pasemos mejor á nuestras camas, añadió yo: es muy tarde y un viagero tiene necesidad de descanso.

Francisco nos llevó á nuestras hamacas tejidas con la mas fina paja.

—¡Ok! ¡Rus! repetía metiéndose en su cama el filósofo campestre.

—¡Oh! *Fortunatos nimium sua si bona norint...*

—¡Agrícolas! dijo el lord terminando el distico.

—¿Quién llama? dijo el doctor creyendo que se dirigía á él.

—¡Tenga vd. buenas noches! le respondió.

IV.

Una casa árabe. — Edjir y el grano de trigo. — Generosa reparacion. — La familia del trigo negro. — Labores. — Simientes. — Segadores y aventadores.

Brillaba el día cuando me desperté. Los rayos del sol entraban en mi cuarto. Oía fuera esos mil rumores, esas melodías agrestes que se levantan por la mañana alrededor de las casas de campo, y que la brisa impregnada con el olor de los campos me traía por la ventana entreabierta: eran las canciones de los labradores, el cacareo de las gallinas á las que la criada echaba puñados de trigo. Me vestí, y me apresuré á buscar á Francisco.

Sobre el lado opuesto de la colina del Grano de trigo hay una casa desmantelada que sirve de albergue á los pastores durante la tormenta. Algunas raquíticas palmeras dan sombra á aquel reducto que inundan millares de plantas parietarias: allí es donde encontré á mi amigo.

—Dichas y desdichas son, no mas que imaginacion, me dijo con tristeza, aun en las mas favorables de las aventuras. Yo he salido de Alicante con un grano de trigo; yo me he establecido en una tierra inculta como uno de los mas ricos colonos de la provincia; pero yo debo una lágrima á la pobre familia árabe que habitaba esta hacienda.

Cuando tomé posesion de la quinta, la familia diezmada no se componia mas que de un gefe, anciano octogenario, y de su nieta, jóven de diez y seis años. El padre de Edjir había perecido en la guerra contra los ejércitos franceses combatiendo al lado de Abd-el-Kader, y su madre había muerto de pesar. Los dos desgraciados no tenían mas pan que las espigas del maíz que recogian en mis campos. Una vez me ausenté á una diligencia. La nieta de Edjir, testigo cada día de los cuidados que tenía con mi espiga de trigo ya madura cogió un grano para sembrarlo cerca de su cabana: mis guardas la sorprendieron y la tuvieron arrestada hasta mi vuelta.

Cuando la trajeron á mi presencia, se postró delante de mí la jóven exclamando: ¡piedad, piedad! No hagais morir á mi abuelo por un grano de trigo.

La desesperacion y ternura de aquella niña me conmovieron. Me fui con ella á la choza ¡ay! demasiado tarde. El anciano árabe había dejado de existir: había muerto de dolor por haber perdido á su nieta, ó tal vez... por falta de

un grano de trigo. Recogí la desconsolada huérfana. Está en Arzew en una casa de educación que dirigen unas señoras francesas. Dios ha dotado á esta criatura primitiva de una rara inteligencia: hace progresos rápidos. Acaba de abrazar con una fé ardiente el cristianismo.

—Eso es reparar generosamente una desgracia de que se ha sido la causa involuntaria, dije yo estrechando las manos de mi amigo.

—Y bien, lo ves, respondió Francisco; amo á Edjir mas, que á una hermana, mas qué á una hija: tambien ella me ama. ¿Por qué no hemos de ir juntos al pie del altar á recibir la bendición nupcial de nuestro Dios?...

—Así comprendo el triple misterio encerrado en el nombre del campo interrumpí yo. Hay en estas palabras, *el grano de trigo*, una fortuna, un luto, un amor.

De repente nos vimos distraídos por voces que iban creciendo y aumentándose al otro lado de la colina.

—No, no, el arado no ha sido inventado en el valle del Tigre; ha sido inventado en China.

—Y yo afirmo que el suelo donde creció el trigo fué el primero que se labró. La patria del trigo, hallándose en la cuna del hombre, fué indudablemente donde se inventó el arado.

—No, no, viajad por la China y lo vereis. Los chinos celebran todavía en sus costumbres el descubrimiento del emperador Chin-Non. En un día fijo el soberano va procesionalmente rodeado de toda su corte al campo. Allí coge con sus propias manos el arado y traza el mismo un surco, en recuerdo del monarca labrador.

La ciudad de Pekin aborta mira
El arado regir imperial mano
Y de Chin-Non al hijo soberano
Abrir los surcos con placer admira!

—¡Pues bien! atravesad las gargantas del Líbano, donde el trigo ha reemplazado los magestuosos cedros, y allí vereis funcionar todavía el arado primitivo llamado *meharat*, tirado por un camello. No es mas que un tronco de un árbol cortado en forma de horquilla que conduce sobre ruedas, ó mas bien dos piezas de madera unidas en su estremidad, haciendo de timon la pieza mas larga. El yugo se coloca en el cuello del camello y se sujeta con cuerdas de palma. El labrador tiene en la mano derecha el aguijón y con la izquierda la rama superior de la horquilla. Esto es la infancia del arte.

—No, no.

—Aquí están nuestros dos agrónomos, me dijo Francisco. Han cambiado de tema: pero no por eso se entienden mejor.

—Perfectamente, respondí yo; aquí teneis dos tipos curiosos; completarán sin saberlo mis instrucciones agrónomicas. Vamos á hacerlos desistir. Señores, les dije saludándoles, me parece que la noche no les ha puesto á ustedes mas acordes. Han subido vds. el diapason de los héroes disputadores de Homero.

—Lord Corn es de la familia del centeno! respondió el alemán.

—¡Hao! dijo el inglés, ¿yo... centeno? Esplíquese vd., caballero, esplíquese vd.

—¿Quién no conoce la leyenda?

—Esplíquese... esplíquese vd.

—Pues bien, ved el por qué. Si pasais despues de la tormenta por el campo del centeno, podeis notar que el tallo se halla lacio é inclinado como si el rayo le hubiese tocado. Escuchad lo que se cuenta en las aldeas de Alemania.

Un día el trigo, el sáuce, la margarita, la golondrina y el centeno se hallaron reuidos en un mismo campo en el momento en que gruesas nubes se amontonaban en la montaña. Asustada la golondrina se ocultó en las hojas del sáuce. El árbol, á quien la edad habia hecho prudente, bajó sus hojas: la margarita cerró su blanca corola y el trigo inclinó su pesada cabeza. Solo el centeno alzó altivo la frente mientras que el rayo comenzaba á tronar.

—Dobla tu cabeza, le decía su vecino: el hombre que es mas poderoso que nosotros tiembla y no se atreve á hacer frente á la tempestad.

—¡El hombre mas poderoso que nosotros! exclamó el centeno indignado... Yo os probaré, mirando al relámpago, que ninguno es superior á mí.

Al decir estas palabras, el rayo y la lluvia rasgaron las nubes: la tempestad pasó furiosa sobre el valle.

Cuando se aplacó su furia, la golondrina salió de debajo del sáuce sacudiendo sus alas: el árbol levantó sus hojas mas verdes y mas frescas: la margarita volvió á abrir sus pétalos; el trigo levantó su cabeza. Castigado por el relámpago el centeno no podia enderezar su ajado tallo.

Ved aquí explicado el proverbio y porque lo aplicamos á los que no se convencen con la evidencia.

—¡Oh Yes! Doctor, vd. es de la familia: el arado ha sido inventado en China.

—Señores, dije yo para poner término á la discusion, pasemos del cultivo á la simiente. Leyendo los antiguos poetas, Homero, Hesiodo, Virgilio, y los agrótomos Varron, Caton el Censor, Aulo-Gelio... parece que la naturaleza de la siembra está todavía en el estado en que se hallaba primitivamente. Se labraba en Otoño, se rastrillaba á fin de arrancar las raíces y las malas yerbas, y se sembraba el grano á vuelo.

—Nada ha cambiado en efecto, respondió el doctor Agrícola, sino que la industria, ingeniosa en sustituir las máquinas al manejo manual, ha creado una sembradera para reemplazar al sembrador, y bien pronto vereis al vapor reemplazar las yuntas de bueyes y mulas en la labor (1). Ahora figuraos, en lugar de un trabajador indolente que marcha con paso igual arrojando á la tierra los granos que saca de su delantal, un aparato con ruedas de engranaje arrastrado por un caballo: esa es la sembradera.

—La superioridad del trabajador inglés está en el uso de la sembradera, añadió lord Corn mas tranquilo, despues de algunos instantes de silencio. La sembradera responde mejor de la cosecha futura, y economiza la presente. Así no hay la menor duda sobre la ventaja de este método sobre el antiguo. Además, con este aparato se evita que los pájaros ladrones devoren la porción de granos de que se apoderan con el método ordinario, pues se halla cubierta la simiente.

(1) Se sabe que Mr Barrat ha realizado este inmenso progreso. Una comision nombrada por el ministro de agricultura en Francia, ha informado que la experiencia ha salido bien.

Hablando así llegamos hasta la casa, entramos en la granja, y hallamos á los trabajadores ocupados en sus faenas, unos trillando con mulas y otros con una máquina ó rastrillo, movido por un par de caballos y por medio de ruedas, llenas de clavos y pedernal, medio que economiza tiempo y brazos. Entramos en la casa escuchando los cantares de los segadores, y yo pude retener estas coplas:

Limpia del aire el aliento
En la era el rubio grano.
Aprovechemos el tiempo
De mañanita temprano.

V.
Sombreros de paja de Florencia.—Mo inos.—Estadística y economía
—La panadería de Salzburgo.—Pan de piedra y de madera.
—El dios Pan.

Pasaba el estío delicioso y fugitivo en medio de las diversiones mas variadas. El terrible sirocco hallábase templado por una fresca brisa que soplaba suavemente del Mediterráneo hacia el Mediodía. Nos habíamos provisto, como Francisco, de sombreros de paja de camino.



Siembra.—Alimento de las aves.—Trillo.—Molino.

Luego del sol el calor
La limpia hará suspender:
Aventemos con ardor,
Muchachos. ¡luego á beber!

Que para el frío y calor
No hay como un trago de vino,
Con el su áspero destino
Sufre alegre el labrador!!!

Las mugeres que tejían estos sombreros, sentadas en el patio de la casa bajo aquel azulado cielo, representaban al golpe de vista á los arrabales de Florencia. Una de ellas cantaba una canción italiana. Me llegué á ella y la pregunté de dónde era: era de Toscana y habia ejercido su oficio en Florencia; pero habiendo sabido que ganaría mas enseñando á los colonos de la Argelia, se habia embarcado en Lior-na para Arzew.

—Si tuviésemos las orillas del Arno para lavar la paja y blanquearla, no echaría de menos á mi patria, me dijo. El amo es bueno, trabajo cantando. Cuando tejo mi obra, paja por paja, y junto una tira, estoy orgullosa de que salgan de mis manos sombreros tan finos como los de Florencia.

Yo pasaba las horas mas ardorosas del sol bajo la sombra en leer los antiguos romanos, esos dioses de la agricultura, y en seguir bien con la vista las abejas trabajando en sus panales alrededor de sus techos de pajas. Muchas veces al acercarse el crepúsculo me dejaba bajar por el río á la esclusa; iba al molino á ver trabajar á los molineros, y á ver como las piedras hacen pedazos el grano y lo reducen á harina, y cómo la harina se separa despues del salvado,

romanos los emplearon mucho tiempo: los esclavos y los condenados eran los que daban vueltas al molino. Solo en el siglo de Augusto se sustituye la fuerza del agua á la del hombre y los animales. En el libro II de Vitrubio se halla una descripción del molino de agua. Plinio, que escribía su historia natural sesenta años despues que Vitrubio, habla de ellos como de cosas curiosas y poco usadas. Antipater de Tesalonica celebra en un curioso epigrama la nueva invención de los molinos de agua: «Mugeres, cuyos hermosos brazos se fatigan en moler el trigo; ¡descansad! Dejad al vigilante gallo cantar y levantarse á la aurora: dormid cuanto querais. Las náyades harán vuestro trabajo: Ceres lo manda. Ya se lanza de lo alto una rueda á hacer dar vueltas á un eje; el eje por los rayos que le rodean hará



Sombreros.—Sillas.—Esteras.—Juguetes.

Reflexionaba delante de aquel mecanismo en los progresos incesantes de la sociedad. Desde el salvaje que muele groseramente su grano sobre dos piedras, al vapor que muele en nuestras enormes máquinas, ¡qué distancia! Ha sido preciso pasar, primero por el molino de brazo, que dando un movimiento de rotación regular, substituyó con ventaja á la acción desigual de la mano; despues por el molino de agua, y despues por el de viento.

El uso de los molinos de brazo se remonta á una alta antigüedad: «Desde el primogénito de Faraon que está sentado sobre su trono, hasta el primogénito mas humilde de la criada que da vueltas á la piedra del molino,» dice el Exodo. También se habla de los molinos de mano en la Odisea. Los

mover la pesada masa de las piedras del molino. Ya hemos vuelto á la vida feliz, al dulce descanso de la edad de oro. ¡No mas cuidados! Gozad sin fatiga de los presentes de Ceres.»

Mi amigo había venido á buscarme para comer. Esta hora era la de nuestras disertaciones, en la que nos engolfábamos en consideraciones sobre la población con arreglo al territorio, sobre la prosperidad ó caída de los gobiernos segun la época de abundancia ó de carestía. Nuestros dos agrónomos estaban muy versados en estas cuestiones capitales.

—Es una preocupacion generalizada en Francia, sostenia el filósofo alemán, que el territorio produce abundantes

granos en una cosecha para alimentar á sus habitantes durante dos ó tres años. Esta preocupacion desaparecería por sí misma si se notase que semejante abundancia daría en dos años un excedente de cuatro años para el consumo. Porque despues de un cierto tiempo de fertilidad, á pesar de las preocupaciones, se abarataría de tal modo que sería preciso renunciar á su produccion. Este error es tanto mas funesto, cuanto que en los tiempos de carestía el pueblo acusa á los agricultores, á los tratantes en granos y á los panaderos, de producir con sus manejos el alza que se manifiesta en los mercados. Entonces tienen lugar esas escenas de desórden que paralizan el comercio: el productor conserva su trigo, y una simple carestía se cambia en hambre. El temor produce tan rápidos efectos, que si la cosecha fuese una décima parte menor, el precio del trigo aumentaría un tres por diez; por dos décimos, á ocho décimos; por tres décimos, á diez y seis décimos.....

Lord Corn tomó á su vez la palabra.

—Estas consideraciones demostrarán á ustedes el grande é inmenso papel que representa el trigo. Si hay trigo hay subsistencias: luego el trigo en un Estado es todo. No es solamente el alimento, es tambien la fuerza, la industria, la defensa, la tranquilidad de un país.

—Sería menester, dije yo, que los santos hiciesen sufrir en España el castigo de los panaderos de Salzburgo: él nos es demasiado indispensable.

Entrando en la iglesia de San Pablo de Salzburgo, se ve colgada en el átrio una piedra redonda y chata del color y figura de un pan de cuatro libras. Cuéntase que una muger de la ciudad, habiendo amasado el día de San Fidel, una vecina la reprendió porque no santificaba aquel día. La muger se escusó diciendo que un santo tan bueno no se incomodaría por aquello. ¡Pero cuál no fué su asombro cuando al ir á sacar su pan del horno no encontró mas que piedras! de las que solo se conservó una que se llevó á la iglesia en memoria de aquel milagroso castigo.

—¡Dios mío! replicó el doctor, los panes de piedra se comen. Los lapones en las grandes hambres mezclan una sustancia mineral conocida bajo el nombre de *bergmehl* (harina de las montañas), á sus harinas de cereales para hacer pan, que miran como un don del Gran Espíritu de los bosques. Esta harina fósil, analizada por Berzelius, encierra además de una parte animal, una cantidad notable de sílice. Examinándola al microscopio, se descubren en ella diez y nueve especies de infusorios ó carapaces silíceos. Es verdad que Mr. Humbolt escribía con motivo del pan fabricado con harina de las montañas: «se ha comido en el territorio de Degefort, sobre las fronteras de la Laponia, pero yo no digo que se hayan alimentado con él.»

Este pan le he visto en Suecia; no es piedra, pero es poco menos duro: es madera. En el Norte de la Dalecarlia los indigentes no amasan pan mas que una ó dos veces al año. Este pan es una mezcla de cebada, avena y corteza de árboles muy amasado y triturado, lo que le hace tan duro, que es preciso tener dientes dalecarlianos para comerlo.

Estamos lejos de estas costumbres nosotros. Nuestro pan es rico y con todas las propiedades alimenticias. El glúten, el ázoe y otros principios abundan en él. Los químicos han sacado un 42 por 100 de glúten de la harina. El trigo contiene sobre 68 á 74 por 100 de almidon, y de 40 á 42 de extracto gomoso azucarado. Todas estas sustan-

cias son nutritivas, pero el glúten, como materia vegetal, es por consecuencia mas alimenticia que los principios animales de las otras, y constituye por su abundancia la buena calidad de la harina, lo que los panaderos saben muy bien, pues si la pasta está tirante, cuanto mas lo esté dicen que es mejor el pan.

—¡Oh! el pan!... exclamó lord Corn con entusiasmo. ¡El pan es todo! Es el alimento esencial del hombre. ¡Qué papel representa en la vida! Así decimos, ganar el pan, tener pan. En la religion pagana el alma del *gran todo* era el dios Pan, el dios de la universalidad.

—Tambien la religion cristiana ha dado grandísima importancia al pan. En la oracion en que el mismo Jesucristo nos enseña á orar, todas las peticiones corporales están refundidas en estas palabras: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy*. En los momentos en que el Salvador del mundo quiso dar á los hombres la mayor prueba de su amor, permaneciendo con ellos hasta la consumacion de los siglos, fué el pan la materia que escogió para trasformarla en su adorable cuerpo.

VI.

La siega y las bodas.—El dote de la novia.—Los provenzales y las marismas.—Leopoldo Roberto.—Las fiestas de los pájaros y de las espigaderas.

Llegó julio, y con julio la siega. Un sol mas ardiente brilló en el cielo y maduró las últimas espigas del trigo: con sus cabezas cargadas de grano inclinaban humildemente hacia la tierra, en un gracioso maridage su rubia cabellera con las encarnadas amapolas y las azules florecillas del campo.

Francisco habia marchado la víspera para Arzew. Nos habia dado cita en el campo del Grano donde se solemnizaba la siega, y allá nos dirigimos al amanecer. De lejos vimos un alegre y risueño tropel que cantaba á compás, agitando en el aire ramos de palma, y saludando con entusiasmo el nombre del amo. En medio de aquel festivo y ruidoso tropel reconocimos á Francisco. Llevaba por la mano á una jóven árabe vestida con sencillez, pero de extraordinaria y deslumbradora hermosura. Una corona de rubias espigas entrelazaba sus cabellos de azabache, rodeando su fresca frente, y presentando el contraste mas encantador. No se puede imaginar mejor á Ceres africana: era Edjir. Acababan de llegar aquellos dos seres nacidos el uno para el otro; nacidos, sin embargo, bajo climas y condiciones tan distantes, y que la suerte, por un capricho, habia reunido.

Despues que ofrecimos nuestro cumplidos á la feliz pareja:

—Señores, dijo Edjir con el mas puro acento francés, este es el dote de la novia.

Y sacó de su pecho un pequeño estuche artísticamente trabajado; le abrió y sacó de él... el mismo grano de trigo que habia cogido en ausencia de Francisco y tantas lágrimas la habia costado. Un grano semejante, continuó, ha enriquecido esta tierra: debia haber causado mi desgracia y la de mi familia; enriquecerá al mundo: vamos á sembrarlo.

Aun no habia terminado, cuando el estuche se vió arrojado de sus manos.

—¡Oh! ¡yes! ¡yes! gritaba lord Corn; ¡ya le tengo, ya le he encontrado! ¡El trigo puro, el trigo universal!

Y al decir estas palabras huye tan rápido como Aquiles con los pies ligeros, llevando su conquista.

—¡Milord! ¡milord! ¿Dónde correis así? gritaba todo el mundo.

—A Tombouctou, á Tombouctou, al Monomotapa.

Estas fueron sus últimas palabras.

—Es de la familia del centeno, murmuró el doctor Agrícola.

En tanto la reina de la fiesta había inaugurado los trabajos de la siega con solemne aparato. Los segadores se pusieron á segar, y de distintos puntos del campo se levantaban cadenciosos cantares provenzales.

La siega en las costas de la Argelia recuerda las costumbres meridionales de la Francia. La mayor parte de los segadores vienen de Provenza. ¿Quién no conoce la alegre peregrinación del Mediodía? Los franceses son los que hacen, como en Castilla los gallegos, la siega en Argelia. Siega, fiesta alegre, lo mismo en Argelia que en Francia y en España. ¿Qué contraste no forman con las de Italia! En el campo romano la siega es un luto. De la morada feliz de Saturno no queda ya vestigio: no queda mas recuerdo que la tradición cantada por Virgilio. Así, los pobres sabinos que dejan sus llanos y sus montañas, los naturales de Luca y de los Abruzos para segar las llanuras romanas, son contados: Por un módico salario vienen allí, sin alegría, y contra su gusto, á esponder su juventud á la maligna influencia del Aria cattiva, y á trabajar penosamente bajo una dirección rigurosa y una severa disciplina. Se encuentra al segador romano en inmensas bandadas, colocado en una sola línea, adelantándose lentamente al movimiento regular y ordenado que marca el caporal, armado de su látigo. Nada interrumpe el triste silencio que reina en medio de aquella multitud. No se oye mas que el ruido de las hoces que cortan, la espiga que cae; por la noche todos paran, y no todos responden á la lista: tales el estado de las marismas. Leopoldo Robert ha estado inspirado: ¡cuán admirablemente ha espresado aquellas melancólicas escenas en su cuadro de los segadores! Si su genio hubiera presenciado la solemne fiesta del *grano de trigo*, habría producido la verdadera fiesta de la siega, hubiera hecho un cuadro resplandeciente de alegría.

La comida de boda se celebró en medio de los haces de espigas cortados por los segadores. La alegría, los chistes, las risas, las conversaciones animadas, coronaron el festín de los esposos, y los tragos de los segadores. Cuando los rayos del sol estuvieron próximos á desaparecer tras las altas cimas del Atlas, volvimos á la casa subidos en los carros cargados de los haces de trigo. Francisco había permitido entrar en el campo á las espigadoras.

—Hoy es la fiesta de los pájaros, dijo.

Le pedimos que nos explicase estas palabras.

—Hay en las provincias septentrionales de Suecia una costumbre que consiste en esponder el día de Navidad algunos haces de trigo, espresamente conservados, sobre estacas plantadas en tierra, inmediatas á las habitaciones. Cada aldeano cumple religiosamente este deber, y los pajaritos tienen algunos granos que picar, en una estación tan rigurosa y á tan alta latitud, cuando nada hallan de que alimentarse, siendo un inestimable hallazgo. Ved aquí,

pues, la explicación de esta antigua costumbre. «Es necesario, dicen, que todas las criaturas vivan y se alegren saludando el aniversario de la venida del Señor.» Hoy es la pascua de las espigadoras que se alegran saludando la venida de Edjir.

VII.

LA DESPEDIDA.

Todo concluye en este mundo, pero mas pronto todo lo dichoso; huye veloz el tiempo feliz que pasamos al lado de un amigo. ¡Fué preciso despedirse!

Abracé con emoción á Francisco, no sin darle mil veces gracias por haber regenerado mi existencia por una vida activa.

—Tú has realizado, le dije, lo que yo creía una quimera: la verdadera granja modelo.

—¿Y qué dirás tú, me contestó el intrépido jóven tomando un polvo, cuando yo haya establecido el drainage en mis campos para preservarlos de las inundaciones del invierno? Lo crearás un imposible ¿no es esto?

—Creo que bajo la mano del filósofo las malezas se convierten en rosas. Me siento inspirado con tu Oasis. Es preciso que yo atraviere los desiertos para ir á difundir mis inspiraciones. Recibe mi mas cordial adiós y mi mas sinceros deseos.

Me marché sin atreverme á mirar ni una sola vez á aquellos lugares que abandonaba. No hubiera tenido fuerza para arrancarme de ellos al leer sobre la colina, donde todavía se veían, las sagradas palabras escritas con letras de oro.

EL GRANO DE TRIGO.

Me embarqué en Arzew llegando el mismo día á Alicante, y se oprimió mi corazón al considerar lo floreciente que se hallaba la agricultura en una colonia que lleva tan pocos años de existencia como la de la Argelia, y lo descuidada que se halla en nuestro país.

DE LA REFRACCION DE LA LUZ. Para que la luz refleje nos trace la imagen de un objeto, es preciso que obren muchos rayos juntos en diferente posición los unos respecto de los otros, pues los hay paralelos entre sí, convergentes ó divergentes, y las superficies sobre las que caen son planas, convexas ó cóncavas. En una superficie plana todos los rayos conservan su propia figura, de modo que en nada se altera su esencia.

En una superficie convexa se esparcen los rayos de luz, se disminuye su convergencia, y se aumenta su divergencia.

En una superficie cóncava se experimentan efectos contrarios, pues los rayos de luz se reconcentran, se aumenta su convergencia, y se disminuye su divergencia.

Los espejos se dividen en planos, convexas, cóncavos y mistos: entre los espejos planos se pueden colocar á los prismáticos y los piramidales, que no están compuestos sino de superficies planas, é inclinadas las unas á las otras. Entre los espejos cóncavos, se pueden incluir los elípticos, y los parabólicos, cuyas superficies están compuestas de líneas curvas como las de los cóncavos. Los espejos mistos son los cilíndricos y los cónicos.